

Conspiranoias

La mente del conspirador

Mauricio Rosel Vales
Ricardo A. Saracco Álvarez
Coordinadores



Índice

Prólogo: Los médicos como escritores

Mario Campuzano

Introducción

Parte 1. La tradición de confabular

Capítulo 1. La historia es un incesante volver a empezar.

Teorías de la conspiración y órdenes secretas

Ricardo A. Saracco Álvarez

Capítulo 2. Las sectas: ensueños y paraísos

Rosy Senado Zaga

Parte 2. En la mente del conspirador

Capítulo 3. Notas sobre la historia de la conspiración en nuestra América

Armando I. Escandón Muñoz

Capítulo 4. Cuando la ficción antecede a la realidad

Verónica García Flores y Armando I. Escandón Muñoz

Capítulo 5. Se torció en el camino. Los sesgos del pensamiento

Yvonne G. Flores Medina

Capítulo 6. La cualidad de lo incierto. Sensibilidad a las conspiraciones y sectas

Mauricio Rosel Vales

Parte 3. Intriga social

Capítulo 7. El pensamiento es contagioso. Psiquiatría social de las conspiraciones y sectas

José Juan Sánchez Báez

Capítulo 8. Ahora qué te picó. Conspiraciones cotidianas

Carlos Moreno Aguilar

Capítulo 9. Si está en las redes, ¡es cierto!.

Difusión de las conspiraciones

César A. Celada Borja

Capítulo 10. Los infiltrados

Ruth Alcalá Lozano

Capítulo 11. Las conspiraciones del coronavirus

Alejandra Muñoz Valdivia

Capítulo 12. Van las leyes donde quieren los reyes. Derecho y conspiraciones

Marlen A. Gómez Mendiola y J. Nicolás I. Martínez López

Conclusiones

Acerca de los autores

Parte 1

La tradición de confabular

Capítulo 1

La historia es un incesante volver a empezar

Teorías de la conspiración y órdenes secretas

Ricardo A. Saracco Álvarez

Nunca pertenecería a un club que estuviera
dispuesto a aceptarme como miembro.

Groucho Marx

Conspiranoia

A lo largo de la historia del ser humano, la presencia de conspiraciones —reales o fabricadas— ha rondado el ejercicio del poder. *Conspiración* es una palabra elocuente; nos invita a soñar con un cónclave en un recinto lleno de rituales secretos donde solo unos cuantos tienen las claves del poder. El verbo *conspirar*, que llama a su favor, convoca a varias personas a unirse en contra de algo o alguien, particularmente de quien manda. Así, la acción de conspirar, el complot, la conjura, recae en la organización y en la actividad de los conspiradores que confabulan. De ahí surge la *conspiranoia*, que se refiere a la creencia en teorías conspirativas para explicar un suceso histórico, como si la investigación histórica no fuese suficiente para aclarar los hechos del devenir humano.

Conspiranoia implica algunas diferencias respecto a la teoría de la conspiración popular —en la cual muchos podemos creer por lo divertido, esotérico o morboso de su contenido—; el conspiranoide modifica su conducta e incluso su estilo de vida debido a la creencia

en teorías de conspiración (TdC); el conspiranoide se ve a sí mismo como un agente en el desenmascaramiento de los conspiradores y como defensor de nosotros, las víctimas ignorantes. Ellos, los elegidos, dedican horas a “analizar” videos de ovnis para comprobar su veracidad, a buscar significados ocultos en el discurso de los políticos, a investigar y defender teorías antivacunas con base en contenido de las redes sociales, realizados por expertos autoproclamados.

Édouard Schuré, refiriéndose al aspecto críptico de las religiones —pero que bien puede aplicarse a las conspiraciones, sectas y sociedades secretas— expresó claramente la diferencia entre un neófito y alguien que sí conoce los entramados de los círculos cerrados y los vive desde dentro, que él llamó doctrina esotérica o doctrina de los misterios y que “es muy difícil de desentrañar, porque esta se prosigue en el fondo de los templos, en las cofradías secretas”. Estos que especulan desde fuera, en situaciones extremas que revisaremos a lo largo de este libro, pueden llegar a radicalizarse y trastocar la realidad de formas alarmantes.

Teorías de las conspiraciones

El término conspiración viene de la etimología de conspirar, proveniente del latín *conspirare*, que significa ‘respirar juntos’ y es que planear una conspiración requiere compartir el mismo aire, apostar por las mismas aspiraciones, animar la vida por un destino común, a veces movidos por un sueño de utopía, otras veces por un deseo de poder; conspirar, según el *Diccionario de la lengua española*, se define como la unión de varias personas contra alguien jerárquicamente superior. Existen conspiraciones reales, que pueden ser grandes o pequeñas. Suelen centrarse, más bien, en sucesos únicos y aislados, en una persona o grupo de personas, como un asesinato o un golpe de Estado. Salen a la luz gracias a las personas y a los medios de comunicación que las denuncian, por medio de datos y pruebas verificables, como el ejemplo citado por la Comisión Europea, descrita por el Tribunal de Distrito de Washington D.C. (Estados Unidos). En 2006 el Tribunal dictaminó que las grandes tabacaleras eran culpables de conspiración, ya que, durante décadas, habían ocultado pruebas de los riesgos para la salud asociados al tabaco para aumentar sus ventas.

A diferencia de las conspiraciones, las teorías de conspiración (TdC) están fundamentadas en la creencia de que fuerzas poderosas, malintencionadas y perversas tienen el poder de manipular o controlar en secreto los hilos de determinados sucesos o situaciones. Suelen empezar como una simple sospecha y sus creadores se cuestionan quién o quiénes salen beneficiados del suceso o la situación, de esa manera identifican a los conspiradores y estas acciones derivan en la búsqueda, fabricación o divulgación de las “pruebas” que justifiquen la teoría. Pueden surgir como la explicación lógica de acontecimientos o situaciones difíciles de entender y generan una falsa sensación de control e influencia. La mayoría de las TdC tiene seis condiciones en común: 1) una supuesta trama secreta, 2) un grupo de conspiradores, 3) pruebas (a veces irrefutables para el conspirador) que parecen apoyar la teoría de la conspiración, 4) sugieren falsamente que nada es accidental y que las coincidencias no existen; nada es lo que parece y todo está relacionado, 5) dividen el mundo entre buenos y malos y 6) utilizan a determinadas personas y grupos como chivos expiatorios.

El riesgo de estas teorías es que suelen apuntar o discriminar a todo un grupo, el cual es percibido como el enemigo detrás de la amenaza, real o imaginada. Llegan a ser tan poderosas que polarizan a partes de la sociedad y alimentan el extremismo, que puede derivar en violencia focalizada o desorganizada. Si bien la mayoría de las personas que propagan teorías conspiratorias cree realmente en ellas, otras personas las utilizan para lograr estos efectos.

Sectas vs. sociedades secretas

En contraste con las dos definiciones previas, según la Real Academia Española una secta se define como una “doctrina religiosa o ideológica que se aparta de lo que se considera ortodoxo” o “comunidad cerrada, que promueve o aparenta promover fines de carácter espiritual, en la que los maestros ejercen un poder absoluto sobre los adeptos”. Los fines últimos de las sectas son de control religioso, aunque también generen ausencia de incertidumbre como las TdC.

La segunda definición apunta a algo fundamental: son las personas las que conforman sectas, y las características de estas personas han variado conforme el momento histórico, el contexto o las nece-

sidades sociales, lo cual también sucede con las TdC, solo que estas últimas intentan explicar situaciones sociales o políticas, no religiosas. No obstante, los factores cognitivos que operan en ambas son similares, como se explica en capítulos posteriores.

En la primera definición de secta, la palabra clave es doctrina, la cual puede entenderse como un paradigma, creencias, ideas u opiniones que alguien enseña o instruye en estas, con o sin un sustento (lo cual le acomoda perfecto a una TdC).

Las sociedades (u órdenes) secretas las constituyen grupos de individuos o instituciones que operan con secrecía y discreción, con la finalidad de conseguir objetivos políticos, económicos, de información, de aprendizaje u otros, cualidades que las separan de las sectas —que, por lo general, tienen un carácter religioso, mesiánico o místico—. Los miembros pueden tener ritos de iniciación y se valen de señales o claves, cifras, jeroglíficos u otros signos misteriosos para reconocerse entre sí. En estas, los miembros se imponen, con juramento o sin él, la obligación de ocultar a la autoridad el objeto de sus reuniones o su organización interior y su calidad de tales.

Todo esto, revuelto y sin orden conceptual o algún tipo de rigor, se ha vuelto parte del imaginario colectivo (porque en la imaginación, en la mente, los límites son difusos). El imaginario colectivo es todo ese conjunto de símbolos, creencias y mitos compartidos por los grupos humanos, sumamente moldeables por eventos del entorno social y por las ideas abstractas aceptadas por una colectividad.

Este cúmulo de símbolos, ideas, creencias y un sinfín de conjeturas provenientes de las teorías de la conspiración, las sectas, las sociedades secretas y las conspiraciones nutre y se nutre de este imaginario colectivo y se traduce en conductas y en manifestaciones culturales de los diferentes grupos humanos desde tiempos remotos, tal como da cuenta la historia.

La historia de los que conspiran y de los que creen que conspiran

Esta forma particular de conducta humana propia de los grupos se ha documentado desde tiempos remotos, ya sea a través de investigaciones históricas (de manera confiable, por decirlo de alguna manera)

o como parte de mitos, leyendas o principios religiosos; los seres humanos hemos replicado miles de veces este comportamiento, incluso en la actualidad. En particular el carácter gregario de la conspiración aparece en diversos escenarios de la vida, como cuando conspiramos entre amigos para organizar una fiesta sorpresa o lograr algún otro fin.

No somos los únicos. También los chimpancés han demostrado ser capaces de organizarse socialmente para urdir entre ellos un plan con el objetivo de conseguir poder y dominio. Un ejemplo es la lucha de poder que surgió después de la matanza de un macho llamado Godi por “tres machos de alto rango”, observada en la década de 1970 en Senegal y bautizada como la Guerra de los cuatro años, donde dos fracciones, Kasakela y Kahama, se pelearon con manifestaciones de violencia extrema —más propia de humanos que de chimpancés— y la comunidad más grande aniquiló a la pequeña, quedándose con sus recursos.

Desde la violencia descarnada hasta los trucos y engaños más sencillos, los que conspiran se valen de la cooperación y la manipulación de otros. Los fines pueden estar dirigidos por la ambición personal, como mantener o conseguir un rango, un estatus o una mayor probabilidad de procrear descendencia, o por causas sociales, como las conspiraciones dirigidas a destruir a un tirano, un grupo de poder o al poder mismo. Entendidas como estrategias de la vida en sociedad, es un hecho que estamos rodeados de conspiraciones: en la política, la literatura, la televisión, el cine... por eso persisten como un método de interpretar la realidad y la historia.

De manera empírica, podríamos afirmar que el aumento de órdenes secretas a raíz de la caída de algunas monarquías en los siglos XVIII y XIX, decae al finalizar la Segunda Guerra Mundial, para dar paso a un aumento de las teorías de conspiración o conspirativas (TdC), que se sustentan más en la especulación e incluso en la fantasía que en una organización jerárquica con ritos específicos. Estas TdC fusionan la causalidad histórica con órdenes o sociedades secretas y con grandes poderes detrás de eventos “inexplicables” (la mano negra, el poder detrás del poder, el orden mundial o el pacto global). Se sirven de las apariencias para engañar, nada ocurre al azar (no existe la casualidad) y es el conspirador quien tiene todas las cartas. Son estas grandes TdC las que dominan el imaginario colectivo desde el final de la Segunda Guerra Mundial y en lo que va del siglo XXI.

Breviario histórico de algunas teorías de conspiración

A pesar de que el resurgimiento de las TdC a principios del siglo xx las hace parecer como un producto moderno, estas creencias se han observado desde hace mucho tiempo por lo que no son exclusivas de nuestra era.

Basta conjuntar un villano que hace el mal sin ser visto —un enemigo malvado, a quien le mueve el mal y solo busca el mal—, víctimas o un grupo vulnerable y un héroe que desenmascara todo. Por ejemplo, en la Edad Media, el máximo villano era el diablo, y en torno a él se tejían infinidad de creencias que justificaban aquellos martirios a los que fueron sometidas tantísimas personas por los tribunales eclesiásticos y la Inquisición (desde 1184 con la decretal *Ad abolendam* hasta 1834 con el decreto de abolición), como a las personas acusadas de brujería (reconocida en 1484 por el papa Inocencio VIII con la bula *Summis desiderantes affectibus*) o por delitos contra la fe castigados con la excomunión o el martirio.

Así también, desde la época medieval se observa el germen antijudío, pues ya se decía que los judíos conspiraban para recuperar Tierra Santa y que llegaban al extremo de sacrificar a un niño cada Pascua para que el diablo intercediera por ellos. Martín Lutero, importante teólogo, filósofo y fraile católico agustino, confesaba su temor al peligro turco y judío, mientras que la Iglesia católica los veía continuamente como enemigos. Estos fuegos cruzados están detrás de la expulsión de estas minorías de los reinos europeos que alentaron grandes persecuciones.

Esta postura antijudía quedó manifiesta en el célebre panfleto que combinó esos miedos y los materializó en los llamados Protocolos de los Sabios de Sion, presuntas actas de una reunión de grandes patriarcas judíos donde detallaban sus planes para dominar el mundo. Estos textos aparecen en la Rusia zarista, supuestamente traducidos por el famoso profesor y escritor religioso Serge Nilus, en 1901, quien recibió una copia de forma misteriosa, robada por una mujer a uno de los jefes influyentes y de la más alta graduación de la francmasonería, la sociedad secreta más extendida en el mundo, en una asamblea realizada por la policía secreta del zar. Los Protocolos presentaban la predicción de un plan bastante elaborado para conquistar el mundo

y en ellos se advierte una amenaza muy vaga pero terrible para la humanidad. Supuestamente fueron dados a conocer en el Congreso Sionista en Basilea (luchadores por un Estado judío independiente, en 1897) sin clara evidencia de ello.

Por su parte, Henry Ford, gran empresario estadounidense, publicó *El judío internacional*, donde compila sus ideas sobre “la cuestión judía”, exponiendo que la libre América (se refiere a Estados Unidos) había estado sujeta al yugo judío que entraña la esclavitud espiritual y política, y enfatizaba que el desarrollo de los países depende de un plan coherente del judaísmo. Incluso afirma, sin duda alguna, que la Primera Guerra Mundial fue obra de los judíos.

Esta idea de cataclismo ligado a grupos culturales se refuerza continuamente en textos panfletarios de los siglos XIX y XX. Estos grupos: judíos, bolcheviques, zaristas, obreros, anarquistas, socialistas, marxistas, delincuentes comunes, agentes de otras potencias y miembros de las sociedades secretas reales o ficticias, se fusionan con los mitos de las grandes conspiraciones, los relatos policíacos, políticos y su lucha contra agentes que querían subvertir el orden establecido. En ese imaginario se establece el trabajo de los conspiradores reales o inventados: el planificador, el cómplice, el encubridor, los receptores, el infiltrado, el confidente, el agente doble, el mitómano, que tendrán un hueco en las TdC posteriores. Varias de estas ideas han sido retomadas múltiples veces en las TdC con consecuencias desastrosas; los traidores de noviembre, aquellos patriotas alemanes que acceden a las condiciones del armisticio de 1918 dando fin a las hostilidades de la Primera Guerra Mundial y origen al Tratado de Versalles, en el cual quedaron definitivamente disueltos los imperios alemán y austrohúngaro. Los ultranacionalistas alemanes asocian, hasta hoy, estas decisiones con la conspiración judía.

Otro ejemplo es cuando se instituye como una directriz de gobierno una revelación personal de un individuo, como cuenta Hitler en su libro *Mi lucha*, que finca en la pseudoespeciación genética su creencia de provenir de una raza superior y no solamente se lamenta de los eslavos, sino que trata la cuestión judía con mucho énfasis, generando el perfecto chivo expiatorio, causante de las desgracias de toda una nación. Por otra parte, en Europa se extendieron los fascismos —movimientos políticos y sociales de carácter totalitario—, cada uno con su propia TdC y su respectivo chivo expiatorio: en España, los masones

y comunistas; en Italia, los ingleses, judíos y potentados capitalistas; en la Rusia estalinista se perseguía a los “enemigos del pueblo”.

A pesar de todo el horror de la Segunda Guerra Mundial, han seguido apareciendo textos que regresan a los Protocolos, como el de *La gran conspiración judía*, que exalta la presencia de un supergobierno mundial para manejar a los no-elegidos como una masa de esclavos. El autor, Traian Romanescu (1914-2007) insiste en la existencia de un plan secreto y de los defensores de un nuevo orden mundial, que sustentan la trama oculta del sionismo mezclado con la masonería, los Illuminati, los reptilianos y otras órdenes secretas, cuya única finalidad es conseguir el dominio mundial, el nuevo orden mundial o *Novus ordo seclorum*. Esta relación entre las TdC y las órdenes secretas aglutina los temores de las personas, principalmente en épocas de crisis.

Aun con con este recorrido histórico es atinado afirmar que en el siglo xx es cuando las TdC crecen de manera exponencial y se populariza la creencia de que la “historia oficial” es una mentira propagada para beneficiar intereses oscuros y poderosos. En Estados Unidos proliferan de manera sostenida estas teorías. Se estima que alrededor de la mitad de los ciudadanos de ese país cree de verdad en una TdC desacreditada: “si no crees que hay alguien conspirando en tu contra, no estás prestando atención”.

Dependiendo de los acontecimientos sociales, las TdC se adaptan e incorporan; los relatos conspirativos cambian de agentes culturales y de figuras, como vimos en los casos anteriores. Están sujetas a las mutaciones que se observan en el devenir social, por ejemplo, los jesuitas ya no están incluidos en las TdC, no se persigue tanto a los comunistas y se escucha cada vez menos el *pizzagate* (véase el siguiente apartado). Otras renuevan fuerzas, como la afirmación de que la Tierra es plana o que los reptilianos han tomado parte en el nuevo orden mundial. Estas TdC aumentan y proliferan amoldándose a las modas o fenómenos del momento. En palabras de Kamy Akhavan, director ejecutivo del Centro Dornsife para el Futuro Político, de la Universidad de California del Sur: “Las conspiraciones han existido desde que ha habido seres humanos. Son una forma de explicar lo inexplicable”. A continuación se expone una breve recopilación de las TdC contemporáneas que siguen y seguirán llenando de suposiciones el imaginario colectivo popular.

Grandes teorías de la conspiración

A continuación se describen algunas de las grandes teorías actuales de la conspiración, su origen y su efecto, y la posibilidad de que tengan un fundamento real en su retórica.

Avistamientos de ovnis

Es la creencia en que existe una conspiración de los extraterrestres para dominar la Tierra, o que algunos gobiernos o grupos poderosos ocultan su existencia o incluso colaboran con los invasores.

Origen y efecto. Kenneth Arnold realizó el primer avistamiento moderno de un objeto volador no identificado (ovni), aunque hay referencias a objetos no identificados desde que los globos aerostáticos aparecieron en el siglo XVIII. Según Arnold, mientras pilotaba su avioneta el 24 de junio de 1947, vio nueve aparatos volando en formación y a gran velocidad cerca del monte Rainer, en Washington. Describió su movimiento como el de “platos lanzados contra el agua”, de ahí que se les llame “platillos voladores”.

El 19 de mayo de 1986, Sergio Mota da Silva habló de múltiples avistamientos en el aeropuerto “Profesor Urbano Ernesto” en el estado de São Paulo en Brasil. El controlador aéreo presenció veintiún objetos voladores no identificados, algunos de ellos de hasta 100 metros de diámetro. Esa jornada se conoce como “la noche oficial de los ovnis”.

Posibilidad de ser real. Baja. Sin duda existen ovnis, por definición cosas a las que no podemos ponerle nombre al momento del avistamiento, sean prototipos militares, globos, insectos en cámaras de seguridad, entre otras, por eso la Administración Nacional de Aeronáutica y el Espacio (NASA, por sus siglas en inglés) anunció el nombramiento de su primer director de investigación sobre ovnis. Una conspiración que involucra a cientos o miles de individuos de diferentes naciones a lo largo de casi cien años es altamente improbable.

Área 51

En 1947, se descubrieron los restos de un extraño artefacto volador no identificado en Roswell, Nuevo México. Los teóricos de las TdC aseguran que fueron trasladados al Área 51, una base militar secreta con túneles que llegan hasta Las Vegas y donde se filmó todo el montaje del alunizaje. Los conspiranoides no sueltan esta locación como fuente de TdC; con frecuencia merodean por el área o la revisan minuciosamente en Google Maps.

Origen y efecto. La locación en cuestión fue creada a mediados de la década de 1950, en plena Guerra Fría, como un laboratorio. Ahí la Fuerza Aérea estadounidense probó armas y equipo militar (avión U-2, A-12 OXCART, SR-71 Blackbird y el sigiloso F-117), para un posible enfrentamiento con los rusos. Los encargados de esas misiones trabajaban en el mayor secreto y con información limitada, incluso para ellos mismos. Es un área protegida.

Posibilidad de ser real. Baja.

Terraplanistas o Flat Earth Society

Se le ha llamado la “reina” de las teorías de conspiración. Su argumento central es que la Tierra es plana, un disco de 24 900 millas (40'072 666 kilómetros) de diámetro y, si llegas a una orilla, pasas del otro lado como en una moneda. Las agencias espaciales del mundo están involucradas para engañar al público y ocultar sus cuantiosas ganancias.

Origen y efecto. La Flat Earth Society fue fundada en 1956 por Samuel Shenton, con base en la obra *Astronomía zetética*, de Samuel Birley Rowbotham, publicada en el siglo XIX y cuya base científica son los textos bíblicos. Antes de eso, el conocimiento griego de la esfericidad se mantuvo y todos los estudiosos medievales aceptaban la redondez de la Tierra como un hecho establecido por la cosmología.

Posibilidad de ser real. Baja. La colaboración de gobiernos, pero principalmente de la comunidad científica con el objetivo de manipular a las masas, sobre todo para objetivos tan ambiguos como los que plantea el terraplanismo, sería prácticamente imposible. La evidencia

científica (y empírica) refuta objetivamente los postulados del terraplanismo.

Los escépticos del Apolo y el alunizaje como engaño

Esta teoría afirma que los estadounidenses recrearon el alunizaje en un estudio de cine, dirigido por Stanley Kubrick. Las supuestas evidencias son relatos de alunizajes falsos, fotografías retocadas que muestran errores, la ausencia de estrellas, la bandera de Estados Unidos ondeando —algo imposible en la Luna—, la desaparición de la bandera en fotos tomadas por misiones posteriores, que hay más fuentes de luz además del Sol, que en el cristal del casco de los astronautas se refleja el equipo técnico del filme y que los astronautas mantuvieron la impostura.

Origen y efecto. El 20 de julio de 1969, la puerta del módulo lunar se abrió para dar paso a Neil Armstrong, quien se convirtió en el primer hombre en pisar la superficie lunar, seguido por Buzz Aldrin. La carrera espacial en plena Guerra Fría favoreció el desarrollo tecnológico aeroespacial, al grado de considerar la llegada a la Luna como uno de los puntos culminantes de la historia humana. Esta teoría por supuesto influyó en la película *Capricorn One*, la cual a su vez alimentó a la misma TdC.

Posibilidad de ser real. Media. La organización de un falso alunizaje sería menos compleja que la que implican otras TdC y posiblemente dentro del alcance y tecnología de los gobiernos de las décadas de 1960 y 1970.

Motor de agua

Esta teoría argumenta que los grandes corporativos no aceptaron la propuesta de un motor hídrico revolucionario. En España se diluyó con el tiempo y en Estados Unidos se llegó a afirmar que Stanley Meyer, uno de los inventores, fue envenenado para evitar que desa-

rollara su revolucionario artefacto; al parecer falleció por la rotura de un aneurisma.

Origen y efecto. En 1971, el español Arturo Estévez presentó en televisión un “motor de agua”, que en realidad funcionaba con hidrógeno y boro, lo que lo hizo inviable económicamente. El otro falso “motor de agua” fue el de Stanley Meyer, quien en la década de 1960 construyó un prototipo de coche con motor de combustión interna que quemaba hidrógeno, generado a bordo por electrólisis con un sistema nombrado “pila de combustible de agua de resonancia eléctrica”.

Posibilidad de ser real. Media. Sabemos que los intereses comerciales y políticos pueden socavar los avances científicos. El concepto del motor de agua es más complejo de lo que el nombre implica. Una TdC más factible sería el abandono de tecnologías como el motor eléctrico, cuyas primeras implementaciones para los sistemas de transporte pueden rastrearse hasta el principio del siglo xx, para su posterior abandono en pos de tecnologías de combustión.

El asesinato de Kennedy

Son varias las TdC que argumentan la falsedad de la versión oficial acerca del disparo que recibió este presidente de los Estados Unidos en 1963: *a)* la existencia de varios tiradores, *b)* el responsable fue Lyndon B. Johnson, *c)* la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) y sus asociados estuvieron involucrados, *d)* fue una venganza de Fidel Castro, *e)* la mafia lo mató y *f)* Kennedy no era el objetivo, sino el gobernador de Texas.

Origen y efecto. El 22 de noviembre de 1963 John F. Kennedy, el primer presidente católico y el más joven de la Unión Americana, fue asesinado mientras recorría las calles de Dallas, Texas, en un descapotable junto a su esposa Jacqueline Kennedy. Según la Comisión Warren, el francotirador, Lee Harvey Oswald, actuó solo.

Posibilidad de ser real. Media. Se han citado múltiples intereses políticos y económicos detrás de la muerte de líderes. No sería ni la primera ni la última vez que un grupo de personas orquesta un asesinato para influir en la política nacional o internacional (véase el capítulo 10: “Los infiltrados”).